

El francotirador

Marin Mălaicu-Hondrari

1

Muy temprano, Constantin salió de su hogar, dio veinte pasos, después se volvió y se encerró en casa hasta el día siguiente.

El cuaderno Constantin

Hace algunos años, cuando todavía conservaba el orgullo y la decencia, leí la confesión sobre el alcohol que escribió Marguerite Duras. Durante algún tiempo olvidé aquella confesión, después volví a recordarla y empecé a beber. Sin embargo, a diferencia de Marguerite Duras, yo lo hice abruptamente. Bebía desde por la mañana. Y también a diferencia de ella, ya no pude parar. Estaba bien. El alcohol acortaba los días, adormecía el cuerpo y enmarañaba los recuerdos. Digo recuerdos, pero debería decir pesares. Mi vida era cada vez más patética. Una mujer joven aún, aún hermosa y aún más loca. Hasta que recibí una carta de Carlos y sus palabras me sentaron como un guante. Toda la carta no era sino un grito de socorro, el grito desesperanzado y puro de alguien que había llegado al borde del precipicio. Pero en todos los libros buenos y en todas las películas buenas y, a veces, hasta en la vida, las personas sienten que tienen una oportunidad más. En cierta medida, su carta me hizo despertar.

“Creo que sé en qué mundo vivimos, no me hago muchas ilusiones, igual te parece insignificante pero, en cualquier caso, muchas veces un gesto de buena voluntad cuenta para toda la vida”, decía Carlos en su carta. Un gesto de buena voluntad. Me di cuenta de que sencillamente eso era lo que yo necesitaba. Después, una noche en la que el alcohol no me hizo caer desmayada, salí a pasear por el jardín y me di cuenta de que la única persona que podía hacer un gesto de buena voluntad para mí eras tú. Tú y nadie más. Y entonces empecé a caminar deprisa, con la cabeza agachada, marchando

como en sueños por la gravilla del paseo, de aquí a allá. Jesús, a eso había llegado. Necesitaba un gesto de buena voluntad precisamente de tu parte, es decir, de parte de aquel a quien no tenía derecho a pedir nada.

Al día siguiente, volví a leer la carta de Carlos, me di una ducha rápida, me arreglé como en mis mejores tiempos, me vestí de manera elegante y a las diez de la mañana entré en la oficina de mi marido y le dije que necesitaba diez mil dólares. Jim parecía subyugado por mi inesperada presencia y no hizo sino sonreír, alegre e intrigado.

-No quiero parecer mezquino, y menos aún indiscreto, pero ¿puedo saber para qué necesitas tanto dinero?- dijo él.

-Para Carlos. Quiero enviárselo. Lo necesita.

-Ah, Carlitos. ¿Qué tal está?

-Necesita un gesto de buena voluntad -dije.

“Un gesto de buena voluntad”, murmuró Jim. Después, sin dejar de sonreír, aunque esta sonrisa no estuviera forzosamente dirigida a mí, firmó un cheque y me lo tendió.

-Quizás sería mejor que no pasaras tanto tiempo sola. Me parece que bebes mucho últimamente -me dijo, y de su manera de decirlo no se desprendió ni rastro de reproche, solamente preocupación.

-No volverá a pasar -le dije y salí.

Ese mismo día, envié a Carlos el dinero que necesitaba. Después decidí escribirte. Te escribí un correo electrónico en el que perdí el hilo de las palabras varias veces y en el que repetía que necesitaba un gesto de buena voluntad de tu parte. ¿Cuánto me vas a seguir castigando?, me preguntaba y te preguntaba, aunque sobre todo te preguntaba. Había redescubierto la

alegría de escribirte, o quizás solamente de escribir. Los dedos corrían por el teclado, la pantalla se llenaba de palabras, no borraba nada, no quería detenerme. Escribí hasta extenuación, tras lo que me derrumbé en la cama y con el pensamiento seguí escribiéndote y me quedé dormida y continué escribiéndote en sueños. Y todo esto sin gota de alcohol.

3

Hasta poco tiempo antes, Constantin tuvo en la mano la fotografía de un hombre cuyo rostro le parecía vagamente conocido. Pero no fue esto lo que le intrigó, sino el hecho de que no entendía por qué debía matarlo. Aunque hubiera leído varias veces la información sobre el joven de la fotografía, siguió sin darse cuenta de qué era lo que estaba podrido en el asunto.

Carlos Murillo Ponti. Veintisiete años. Dos años antes había publicado una novela traducida en todo el mundo. Un *best seller* mundial. Constantin sabía demasiado bien que un joven de veinticinco años podía escribir de todo, pero de ahí a condenarlo a muerte le parecía que había un buen trecho. Recordó los *Versos satánicos* de Salman Rushdie. Un libro que había comprado varias veces y cada una de ellas lo había regalado sin comenzar a leerlo. Después se le ocurrió que si matara a Carlos Murillo Ponti, lo inscribiría en una galería de artistas célebres que murieron a los veintisiete años y se le pasaron por la cabeza Janis Joplin, Jimi Hendrix, Kurt Cobain, Amy Winehouse, tras lo que devolvió la fotografía a su lugar en la carpeta y decidió volver a pie al hotel. No fue el agradable clima lo que convenció a Constantin a pasear, sino la necesidad de tomar una decisión con respecto al joven. Deseaba estar tranquilo cuando llegara al hotel, para dormirse lo más rápido posible.

Se echó la mochila al hombro, salió del parque y comenzó a subir la empinada cuesta de la calle, que le recordó a otra calle que llevaba a otro hotel, en Toledo, donde se había alojado en un momento dado, por simple capricho. Alquiló una habitación y cuatro días no había hecho otra cosa que dormir todo lo que pudo. Constantin es un hombre que no sueña, o sueña muy de vez en cuando, pero en aquella habitación soñaba todo el rato. En cuanto sentía un

atisbo de aburrimiento, se escapaba y se encerraba en aquella habitación de hotel, se derrumbaba en la cama, se quedaba dormido de inmediato y comenzaba a soñar. Soñaba muchísimo, hasta la extenuación, se levantaba mareado de tanto soñar pero, a la vez, descansado y satisfecho. Era justo lo que necesitaba.

Ahora, en otro hotel, en otra ciudad, en otro país, duerme de nuevo sin soñar, o sueña y olvida, invierte su tiempo en un sueño insípido, sin otro sentido que suspender el cerebro y recuperar las fuerzas físicas.

Mientras subía sin prisa las escaleras hacia su habitación, Constantin se dio cuenta de por qué le había resultado vagamente conocido el rostro del escritor al que debía matar. Carlos Murillo Ponti no era sino Carlitos, el chavalín que se había pegado a sus talones durante una misión en las Camarile. Recordó que lo había observado una tarde, junto al campamento de los ingleses, justo antes de comenzar de verdad la misión, es decir, de pasar varios días en las trincheras. Iban a eliminar a un general, un “posible dictador”, les dijeron, pero él les respondió que no se molestaran, que no necesitaba ninguna motivación ética o moral, pues desde hacía muchos años se había dado cuenta de que sus únicas motivaciones eran el riesgo y ajustar sus cuentas bancarias.

(...)

Mientras anochece, Constantin aterrizó en Málaga, recogió su mochila y salió del aeropuerto al volante de un coche que Pilar había alquilado para él, utilizando los datos de su pasaporte alemán. Constantin nunca tomaba

medidas paranoicas de precaución, solamente algunas, mínimas, y más bien para proteger a Pilar y para no enfadar a Gordon. Consideraba que, si alguien quisiera eliminarlo, en cualquier caso lo conseguiría. Prefería no pensar demasiado en eso.

No es que le encantaran los coches, pero conducir lo tranquilizaba y resistía al volante hora tras hora sin cansarse. Siempre llevaba una botella de agua de la que bebía de vez en cuando un solo sorbo. Se organizaba de tal manera que nunca tuviera que darse prisa. Pasaba por encima del asfalto escuchando música en la radio.

Se paró en un aparcamiento, sacó de la mochila el álbum de fotografías y añadió una tarjeta nueva: "Pilar con un rasguño en la cara". En el siguiente aparcamiento, paró de nuevo, sacó del álbum el rectángulo que había puesto en la parada anterior, lo rompió y lo sustituyó con otro: "La mirada de Pilar antes de la explosión".

Le resultó bastante difícil encontrar la pensión en la que Pilar le había reservado una habitación. "Me imagino que con otro pasaporte, no con el alemán", dijo Constantin, divertido. "Por supuesto", dijo Pilar. La pensión era una casa de dos plantas, oculta tras unos muros altos, con un amplio patio de suelos de pizarra, en el que centelleaba el agua de una fuente rodeada por cuatro palmeras. A juzgar por los sitios libres para aparcar, él parecía ser el único cliente. Subió directamente a su cuarto, se enjuagó la cara con agua fría y solamente al salir del baño observó unas flores en un jarrón, sobre la mesilla de noche. Constantin se inclinó y leyó la notita que estaba apoyada en el jarrón: "Se me ha ocurrido que las flores embellecen cualquier habitación y descargan el alma de preocupaciones. Si no te gustan, dáselas a ella".

Constantin sabía que las flores no podían venir sino de Pilar. Bajó al restaurante y pidió una copa de vino tinto, seco. Los vinos españoles le gustaban de manera especial y cada vez que iba a España aprovechaba la ocasión para tomarse unas cuantas copas. Pensó en Pilar y en el cuidado que ponía por encontrarle un sitio tranquilo. Había intuido su necesidad por recluírse. Al día siguiente había quedado con Cristina, lo que no podía dejarlo indiferente, incluso aunque esta vez se sintiera por completo dueño de sí, con algo de nervios, claro, pero controlables, no como la primera vez que la había vuelto a ver tras su ruptura.

(...)

Después de terminarse el vino, Constantin salió a la puerta de la pensión, pensando en dar un paseo, pero al llegar a la calle renunció y volvió a su habitación. Corrió las gruesas cortinas y se dijo satisfecho que iba a dormir en una oscuridad casi total, como le gustaba a él. Pensó en su hermana, Aris, después en Carmen Mercedes, en Pilar, en Cristina y en los miembros del Club de los Trimbulindos, de los que ya no sabía nada, después se volvió a acordar de Aris, pues tampoco tenía novedades de ella, tras lo que se dio cuenta de que no eran demasiados aquellos en los que podía pensar. Un puñado de personas y punto, entre las que le interesaban de verdad Carmen Mercedes, Cristina, Aris y Pilar. De todos los demás se había alejado irreversiblemente, no habría sabido de qué hablar con ninguno de ellos, pues no tenían ningún tipo de preocupaciones en común. Habría podido devanar recuerdos pero... ¿cuánto seguir devanándolos? Además, para esto era suficiente hojear el

álbum de fotos. Sosteniéndolo en las rodillas o abriéndolo mentalmente. Después se dejó conquistar por la impaciencia de volver a ver a Cristina, cerró los ojos y un rato después los volvió a abrir y se asombró por la oscuridad a su alrededor y la completa tranquilidad que lo acogían, y al día siguiente, por la mañana, cuando se levantó perfectamente descansado, pero con la sensación de que el mundo se había petrificado, la única señal de que la noche había pasado venía de las cortinas, que la luz de fuera hacía que parecieran deshilachadas.

A las diez de la mañana, un Smart Roadster azul y plateado entró en el patio de la pensión. Desde la ventana de su habitación, Constantin vio a Cristina salir del coche, la saludó con la mano hasta que lo vio y se quitó las gafas de sol, sonriente, mientras él le decía que bajaba enseguida.

La encontró sentada en el borde de la fuente y se dio cuenta que también de cerca Cristina tenía el mismo aspecto cuidado. Se había puesto las gafas en la cabeza y se había recogido el pelo, dejando ver su cuello fino, largo y bronceado, los dos lunares de las orejas, una en cada lóbulo, justo encima de los pendientes de piedra verde, de una tonalidad que parecía copiada del verde de sus ojos. Se había quitado las sandalias rojas y apoyaba los pies descalzos en las losas de piedra.

-Gracias por venir -dijo Constantin, mientras se sentaba a su lado.

-¿Creías que no vendría?

-No creía nada. Esperaba que vinieras, eso es todo.

-Ahora tengo más libertad de movimientos que en el momento en el que me visitaste en Grecia.

-Me alegro de que lo recuerdes.

-¡Oye, no seas malo! Tampoco es que estuviera tan borracha.

-Claro, claro.

-No me has visto en mis noches malas.

-Cristina, no quiero discutir sobre cuánto bebes o dejas de beber. Es tu problema, al fin y al cabo... y el de Jim, si quieres.

-¿Por qué no has cambiado nada? -dijo ella, mirándole a los ojos, en un intento de encararse con él. Después volvió la cabeza y pareció contemplar el pequeño automóvil.

Las palabras de Constantin parecían haberla afectado, y quizás intentaba encontrar una solución en contra de su agresividad.

-Vamos a hablar de lo verdaderamente importante. ¿Sabes algo de Carlos?

-Está en México, allí estaba la última vez. ¿Por qué?

A Constantin le dio la impresión de que, antes de responderle, Cristina intentó darse cuenta de si él no querría de alguna manera arrastrarlo a otra discusión.

-Está bien saberlo -dijo él, y como ella callaba, evitando mirarlo, continuó algo más suave-. Puede que tenga problemas. ¿Cuándo has hablado con él por última vez?

-No lo sé. La semana pasada, creo. Me envió una reseña de un libro suyo. ¿Pero qué es lo que quieres decir, de hecho?

-Digamos que alguien quiere hacerle daño. Todavía no sé quién.

-¿Qué dices? ¿Por qué querría alguien hacerle daño?

-En su gremio hay todo tipo de tarados -dijo Constantin, satisfecho con la idea que se le acababa de ocurrir-. Tú fuiste la que me dijiste esto. Igual no

es nada grave, pero quiero verlo para asegurarme. No creo que tenga ni que decir que hago esto por ti.

-Sí y no. ¿Crees que está de verdad en peligro? Constantin, dime qué sabes, por favor.

-No creo que esté de verdad en peligro, de momento. Pero podría llegar a estarlo, por eso quiero verlo.

-¿Quieres que le diga que se ponga en contacto contigo?

-No. Quiero que me des su dirección y que bajo ningún concepto hables de esto con Jim. He querido que supieras cuál es la situación, para ponerte sobre aviso.

-¿Para ponerme sobre aviso? No podemos hablar así, Constantin. Hablas con enigmas y me atacas todo el tiempo. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué me has hecho venir aquí? ¿Está Carlos de verdad en peligro o es una forma de seguir castigándome? ¿Cuándo vas a dejar de lado esta actitud?